

LA CÓMPLICE DE MI CAÍDA¹: UNA RELACIÓN DE DESEO MIMÉTICO EN LA NOVELA *EN FAMILIA* DEL ESCRITOR CHILENO LUIS ORREGO LUCO²

Liany Vento García
Universidad de Concepción,
Concepción, Chile
lianyvento@gmail.com

1

Dieter Oelker en su excelente estudio “La teoría de la vanidad en la obra novelesca de Luis Orrego Luco” ha explicado, a partir de René Girard³, el modelo de mediación externa⁴ que puede establecerse entre la clase media en

¹ Idea extraída del siguiente parlamento del personaje Juan Orbegoso en la novela *En familia*: “Le había arrastrado la vanidad, principalmente la vanidad que era la nueva ley que la sociedad se había dado a sí misma... entró en la vida de diversiones que sus demás amigos, más ricos, llevaban, pero no tenía dinero... recibir invitaciones sin corresponderlas jamás, no sería digno, habría sido rebajarse a existencia de parásito en la cual no podía mantenerse un Orbegoso. La vanidad social, las exigencias que impone, habían sido cómplices de su caída” (Orrego 152).

² Trabajo resultante de la asignatura “Lectura, deseo y mal en la narrativa chilena: Alberto Blest Gana, Luis Orrego Luco, Augusto D’halmar y Joaquín Edwards Bello” impartida por el doctor Edson Faúndez como parte de la malla curricular del Doctorado en Literatura latinoamericana de la Universidad de Concepción.

³ Hacemos referencia a su libro *Mentira romántica y verdad novelesca* publicado originalmente en el 1961. En este trabajo se cita la edición en español de Anagrama del año 1985.

⁴ René Girard señala que hablaremos de mediación externa cuando la distancia es suficiente como para que las dos esferas de posibilidades, de las cuales el mediador y el sujeto ocupan los centros, no puedan entrar en contacto (15).

desarrollo y la aristocracia (75), sin embargo, también propone que “aquella distancia que separa al sujeto del deseo y al mediador de su aspiración, se va acortando mientras avanza el proceso de transformación social. Este progresivo acercamiento entre las esferas del sujeto y su modelo [...] implica una gradual modificación de la mediación externa en una interna” (75).

Esta idea sirve de punto de partida para acercarnos al modelo de deseo mimético que se advierte en el personaje Samuel Ortiz, un “pobre y provinciano desconocido” (Orrego 16), un “mediquillo de provincia, sin familia –refiriéndose a familia de abolengo, pues su hermana y su madre viven al sur de Linares–, sin nombre, sin recursos, sin clientela” (Orrego 108). Este acercamiento no solo pretende revisar una de las novelas –afin con la vida social del Chile de la segunda mitad del siglo XIX– menos atendidas por la crítica especializada, sino también entender, en nuestra lectura del presente, ese pasado que reside, con más fuerza que en ningún otro género, en la novelística chilena de corte realista que a decir del investigador Edson Faúndez, se construye mediante una serie de estrategias textuales que orientan al lector, atenuando la indeterminación y aumentando la legibilidad, para que el texto sea percibido como un discurso verosímil, objetivo y familiar, triada clave según Martínez Bonati (2004) en la producción del efecto de realidad (134).

2

En familia (1912), sin llegar a los escaños de *Casa grande*⁵, juega un papel importantísimo al evidenciar los propósitos del autor con sus novelas. Orrego Luco ha definido su obra como:

un “estudio social”, realizado con la intención de exponer a los lectores “un grave problema de vida y de costumbres chilenas” [...] Constata que, en contraste con la antigua aristocracia, “cuya distinción nacía de su severidad y de la elevación de sus propósitos y la sencillez de sus costumbres” [...] se han ido imponiendo en la alta sociedad chilena determinados círculos “en que sobre todo se aprecian las vanidades brutales del dinero (cit. En Oelker 68-69).

5 *Casa grande* (1908), la novela más importante de Orrego Luco. Causó un inmenso revuelo en la sociedad chilena del momento. Retrata a la aristocracia en un momento de empuje económico, en el que las antiguas familias se confundían con los *nuevos ricos*, olvidándose las primeras de sus orígenes, así como de toda su “moral de clase”.

Oelker destaca que el novelista “busca llamar la atención sobre esta tendencia que surge en la segunda mitad del siglo XIX y se enfatiza con el auge económico que se produce después de la Guerra del Pacífico como consecuencia de la anexión de las salitreras” (69), y que, con la intención de contribuir a corregir esa situación, [Orrego Luco] se esfuerza por entregar en sus obras una representación de la realidad (69).

En esta representación, podemos advertir ese modelo social en el cual los sectores medios pretenden a la aristocracia, pero carecen de apellido que los dote, si no de fortuna, al menos de un nombre que puedan usar para escalar posiciones, para pertenecer a determinados círculos que se precian de buen gusto, pero que en realidad son unos “‘recién llegados’, los ‘advenedizos’, ‘siúticos’, cuya única carta de presentación es su dinero, ansiosos por ingresar en el ‘gran mundo’ aristocrático” (Rojo 18).

En este sentido nos interesa el personaje Samuel Ortiz, quien se inserta en ese ambiente que bien describe Rojo, y comienza a relacionarse con estos círculos aristocráticos que lo reciben por haber atendido como médico a alguna que otra familia, pero que se burlan de su porte y vestimenta. El doctor, quien “ayer, no más, era un Samuel tranquilo, dueño de sí mismo, apacible, y fuerte [...] ahora, sentía un ser diverso, sin energía, sin seguridad, sin serenidad” (Orrego 27). No es desacertado creer, por tanto, que su infelicidad tiene la misma edad que su llegada a Santiago de Chile, a esa capital que esconde, bajo el suave brillo del esplendor sus vicios y debilidades (Melfi 171).

El doctor Samuel Ortiz se nos presenta como un hombre “escéptico” (Orrego 13), “esencialmente práctico y [...] naturalmente pesimista” (Orrego 11); sin embargo, no consideramos que se acerque a este modelo debido a que sustenta en la idea de progreso su autorrealización. Si exponemos, brevemente, algunas ideas de Schopenhauer, padre del pesimismo, notaremos que el personaje se distancia de esta filosofía que para nada tiene que ver con una queja por la fugacidad y fragmentariedad de las cosas y del dolor en el mundo. El sentido que reviste el pesimismo en Schopenhauer no es de ningún modo una mera y chata negatividad, sino más bien una desconfianza en las virtudes de la civilización (Carrillo 102). Para el filósofo alemán

lo mejor que se puede encontrar en el mundo es un presente indoloro, tranquilo y soportable. [Y si llega a alcanzarse], nos guardamos mucho de estropearlo con un anhelo incesante de alegrías imaginarias o con angustiadas preocupaciones cara a un futuro siempre incierto [...] Acerca de ello: ¿por qué habría de ser necio procurar en todo

momento que se disfrute en lo posible del presente como lo único seguro, puesto que toda la vida no es más que un trozo algo más largo del presente y como tal totalmente pasajera? (Schopenhauer 29-30)

Ante esto no se hallan correspondencias con la personalidad de Ortiz quien se cuestiona constantemente su destino, la injusticia que reside en que otros de menos entendederas y afición por el estudio –como resultaban ser los jóvenes de la sociedad del Dominó⁶–, posean riquezas o al menos un nombre que les permita, como dice Javier Aldana –uno de los personajes protagónicos– “explotar la marca de fábrica” (Orrego 22). Estos cuestionamientos lo convierten en un personaje contradictorio: a la par de considerar los sueños como “algo despreciable, propio de seres débiles” (Orrego 28), de anteponer libros de insectos a libros que, como a sus colegas, pueden reportarle dinero, también se lanza a la conquista de Santiago, desea veranear en Viña del Mar, y no le atrae una muchacha de similar condición social que él, sino Elisa, la niña linda de la familia Orbegoso: “Si ella le hubiera pedido un absurdo, ¿acaso no lo hubiera consentido?” (Orrego 57). Sus consideraciones de que “el amor era una simple atracción de temperamentos [...] la honradez un acto de utilitarismo social... el matrimonio una institución de fundamento social y político... la amistad, quimera –la virtud, convención que variaba con las latitudes–” (Orrego 28), esconden su verdadera pulsión que es el resultado de años de resentimiento:

La pobreza, el batallar continuo, las humillaciones, el verse postergado sin causa, la carencia de recursos más indispensables cuando vemos en otros el derroche, las injusticias del mundo, el injusto desdén [...] todo era parte a formar, en el alma del joven un fondo de secreta amargura, allá en la trastienda oscura del ser, pronto a verse traído a la superficie por cualquiera sacudida violenta. (Orrego 109)

⁶ “Por aquellos tiempos florecía en la capital chilena un tipo curioso, el ‘tipo de portal’, así llamado porque vivía y penaba en el centro de la ciudad, en la parte comprendida en los portales de Matte y Fernández Concha. Pasaban esos muchachos una parte de la vida en los cafés, tomando copas ó jugando al billar, en el cual eran eximios, ó bien dados al arte del dominó –de donde tomó su nombre el círculo de que formaba Juan: “la Sociedad del Dominó”. Habían llegado á ser temidos de la policía por sus barbaridades– tenían fiestas, acompañadas de grandes remoliendas en las cuales se bebía por espacio de dos ó tres días y se bailaba en compañía non sancta– aquello solía concluir con desórdenes monumentales en los cuales no siempre salía bien parada la policía que se atrevía á meterse con aquellos bárbaros” (Orrego 21).

René Girard propone que “el resentimiento es lo que [...] impide [...] percibir el papel que desempeña la imitación en la génesis del deseo” (17). En este punto vale la pena recordar que Samuel Ortiz, en su calidad de doctor, es recomendado a la familia Orbegoso para atender una caída de caballo de Juan, el hermano de Elisa. Aquellos días lo deslumbraron: “Un nuevo mundo se había presentado ante sus ojos” (Orrego 13). En esa familia encontró el equilibrio perfecto, las condiciones que requería para su felicidad: de un lado el carácter, el buen tono distinguido, la familiaridad patriarcal, sin falsas mezclas, sencillez, sin humos, sin vanidades, sin farsas, sin pretensiones, con el respeto de las viejas tradiciones; por otro lado, la fortuna, el apellido, el buen nombre que otorgaba pertenecer, solo pertenecer, a una de las grandes familias del terruño⁷. Junto a ellos convivió varios días, velando la salud de Juan; todos lo trataron como un miembro más, y Juan como su amigo y confesor. Pero, ¿no es ese el papel que juegan los que no pertenecen a la aristocracia?: “Quien pertenece a los sectores medios puede cumplir... el rol de su confesor y servidor” (Oelker 79). Ortiz se engaña al creer que es amigo, y los momentos más apreciados de su vida, no guardan relación con su verdadera familia, sino con aquellos que poseen fortuna y buenas costumbres de antaño, clase de la que ansía desesperadamente ser parte. Comienza de este modo un interés hacia Elisa.

En Elisa, cada gesto, cada actitud, cada palabra eran la expresión de una extremada reserva, de modo de ser sencillo, de pensamiento casto, de vida pura [...] Lo que más le había agradado en su conversación con Elisa era una frase muy sencilla que acababa de oírle: ‘había barrido la casa entera, desde el salón hasta la cocina’. Así le gustaban las mujeres a él [...] Elisa no le tenía miedo á la escoba (Orrego10-11).

Sin embargo, es interesante notar que nunca le declara sus sentimientos, ni siquiera motivado por los comentarios juguetones de la muchacha:

“Y si me saco el premio, [a propósito del billete de lotería] como Ud. me lo anunciaba hace un momento [...] tal vez cometa alguna locura, como se lo dije... Vea, tanto gusto voy á tener, que hasta pienso casarme...” y como sorprendida y turbada de lo que acababa de decir, agregó la joven: “Y con Ud., doctor” (Orrego 66).

⁷ Esta descripción ha sido elaborada con fragmentos extraídos de entre las páginas 14 a la 17, instante en que el narrador nos da cuenta de la opinión que el doctor Samuel Ortiz tiene sobre la familia Orbegoso.

Samuel Ortiz nunca declara su amor. Este detalle es importante a la hora de comprender la relación de este personaje con la vanidad. Según Dieter Oelker “la característica más relevante de estos tipos sociales, (los vanidosos) es la desproporción entre su aspiración y su capacidad” (75). Samuel Ortiz, tan “inteligente y observador” (Orrego 16), sabe de esta desproporción y el fracaso que conlleva: “la misma imposibilidad del hecho, le retraía de concebirlo en la esfera ordinaria de las cosas corrientes, y como tenía profundo sentido de lo real no se engolfaba jamás en lo que no debía” (Orrego 28). René Girard aborda, ante la realidad del fracaso, el surgimiento de la envidia. Ese sentimiento, junto a los celos y el odio, se va haciendo más notable a medida que avanza la novela, y surge sin palabras, como nos hace ver Orrego Luco en un momento de la novela:

Existe lenguaje de silencio en el cual las almas se comunican sin palabras, con mímica imperceptible casi; se adivinan, se compenetran. De suceso baladí, sin importancia alguna, resultan enemistades mortales a veces; no se han pronunciado palabras, pero se han manifestado sentimientos, se han dejado adivinar con plasticidad irrecusable. De tal escena muda, nimia, de esas que en la vida jamás se toman en cuenta, nació hecho decisivo para la de Samuel Ortiz. (Orrego 56)

Para entender este sentimiento que mudo y de aparente suceso baladí, comienza a experimentar este personaje, debemos retomar la novela, recordar las veladas nocturnas en casa de los Orbegoso, a las cuales era invitado Ortiz y también otros admiradores de Elisa. El doctor, con su aguda visión e inteligencia, notó las cualidades de aquellos pretendientes, y sabía su posición desventajosa, pero también comprobaría lo que ya se comentaba en las crónicas sociales, que Elisa se sentía atraída por Javier Aldana y que este la pretendía.

Este personaje es uno de los jóvenes considerados calaveras, por ello Elisa le dice: “es preciso que usted haga un esfuerzo poderoso [...] entonces tendrá el derecho de hablarme; cambie de vida” (Orrego 44). Era conocido por jugador y conquistador de mujeres, por lo que los padres de la muchacha no lo miraban con agrado, pero ella le quería, “lo conocía mejor que nadie, era ligero, calavera, pero no malo, en cuanto a eso tenía un alma de niño, se había tirado al mar en Viña para sacar a un roto que se ahogaba. ¿Qué otro caballero hubiera hecho cosa semejante?” (Orrego 76). Javier Aldana era considerado “un tunante y descreído, que no vale dos cominos, ni trabaja en

nada ni sirve para nada” (Orrego 79). Vivía del juego, de préstamos, y sobre todo de una tía que era la única familia cercana que le quedaba, pues sus padres habían muerto. A ese joven amaba Elisa. Aunque le causaba pesar su vida de calavera, su estatus de endeudado, era Javier un muchacho de “rostro simpático, moreno, de buen carácter, bromista, dado a las aventuras de todo género” (Orrego 123). Escribía versos que publicaba en algunas revistas y recitaba en el Teatro Municipal.

3

En la mayoría de los deseos stendhalianos, el mismo mediador desea el objeto, o podría desearlo: mejor dicho, este deseo, real o presunto, es lo que hace que el objeto sea infinitamente deseable a los ojos del sujeto. La mediación engendra un segundo deseo absolutamente idéntico al del mediador. (Girard 14)

Si nos apropiamos de esa idea, entenderemos en Javier Aldana la figura del mediador a quien nuestro sujeto ha pedido sus deseos. “Para que un vanidoso desee un objeto basta con convencerle de que este objeto ya es deseado por un tercero que tenga un cierto prestigio. En tal caso, el mediador es un rival, suscitado fundamentalmente por la vanidad” (Girard 14).

Es el deseo de Javier Aldana el que hace que nuestro sujeto, Samuel Ortiz, engendre a la vez su deseo. Recordemos que inicialmente Ortiz solo admiraba a Elisa: “no era que se sintiese enamorado ni cosa que lo valga, no, sino que se reconciliaba con la vida cuando se encontraba con personas de alma sana y pura” (Orrego 11). Lo que ha sucedido, como sucede en Stendhal, es que “el héroe de la mediación interna, lejos de vanagloriarse de su proyecto de imitación [...] lo disimula cuidadosamente” (Girard 16), pero Girard también aborda cómo “el novelista deja actuar y hablar a sus personajes y luego, con un guiño, nos revela al mediador” (20). Este guiño ocurre en una escena profundamente reveladora. A la salida del teatro, sin que el lector sospeche lo que aquí ocurrirá, el narrador describe a Javier Aldana a través de la mirada de Samuel:

Luego se dio a mirar con atención a su rival –no podía negar que fuese bien plantado, de arrogante figura, fuerte, expresiva, simpática, la nariz tosca, pero los ojos grandes y elocuentes, el mirar dulce, la

boca espiritual, plegada ordinariamente por alegre sonrisa, pronta a transformarse en carcajada. (Orrego 109)

Es la primera vez que Samuel Ortiz opina sobre Javier y esta opinión reafirma su condición de mediador. El lector es incapaz de imaginar que Samuel Ortiz consideraba a Javier Aldana su rival, el doctor lo ha disimulado cuidadosamente en su postura de hombre que solo se da el lugar que le es otorgado, disfrutando en silencio de la piedad de Elisa cuando sabe que los demás lo miran por encima del hombro. Y detenerse en la descripción, es percibir otro elemento iluminador. Su opinión es de admiración. Samuel Ortiz ve en él lo que quisiera ser porque cree merecerlo, y es lo que siempre ha deseado. Incluso, sabe, se comenta en los salones, que Javier, como él, no tiene dinero ni fortuna y que vive endeudado; sin embargo, se las agencia para verse atractivo, es recibido y esperado en las fiestas porque Javier Aldana es “nieto del Oidor Martínez de Aldana y biznieto, por lo Mesías, de los Condes de Sierra Bella” (Orrego 116) y no como él, Samuel Ortiz, que era hijo de un “jefe de Estación en la frontera” (Orrego 18).

Stendhal denomina como vanidad todas esas relaciones de imitación. Bajo su fachada de pesimista, Samuel Ortiz oculta al vanidoso que pide a otros sus deseos (Girard 12). El vanidoso se cobija en la frivolidad y en la imitación porque su vida está vacía. Si no fuera de este modo ¿por qué a la salida del teatro, donde Elisa y el resto de las ricas familias podían verlo, niega el abrazo a un viejo amigo de la universidad, “temiendo producir mala impresión” (Orrego 111) en esa sociedad a la que no le caía muy bien eso de abrazarse? El narrador es categórico: “la verdad era que al doctor le habían bajado inconscientemente unos airecillos de *snoob* [...] veía penetrar dentro de su alma las debilidades y flaquezas que tanto criticaba de los otros” (Orrego 112), debilidades y flaquezas alimentadas por los años dedicados a observar el comportamiento de una sociedad corroída por la vanidad, por “ese veneno espiritual” (Girard 20), como lo designa Stendhal, y que arrastra consigo otros nefastos sentimientos: “la envidia, los celos y el odio impotente” (Girard 20).

La envidia, los celos, el odio de Samuel Ortiz hacia Javier nunca se alivian, se recrudecen. ¿Cómo explicar que el doctor le aconseje a Juan no confiar en Javier Aldana: “lo que soy yo no le confiaría ni una cabeza de alfiler” (Orrego 178), sin tener una verdadera excusa para pensar mal de él, como no sea su “temperamento celoso, su naturaleza envidiosa?” (Girard 18).

Sólo el ser que nos impide satisfacer un deseo que él mismo nos ha sugerido es realmente objeto de odio. El que odia se odia en primer lugar a sí mismo, a causa de la admiración secreta que su odio oculta. A fin de encubrir a los demás, y de encubrirse a sí mismo, tan desmedida admiración sólo puede ver un obstáculo en su mediación. (Girard 16)

4

El trabajo de Dieter Oelker es, ciertamente, iluminador en nuestra lectura; su artículo brinda una herramienta teórica para acercarnos a la novelística de Orrego Luco. El académico se interesa, específicamente, en los ciclos narrativos “Escenas de la vida en Chile” y “Recuerdos del tiempo viejo”, “cuya unidad queda establecida tanto por la secuencia temporal de los acontecimientos que en ellas se narran como por el retorno de los personajes” (Oelker 70). Hemos pretendido en este trabajo, implementar dicha herramienta, y con ello mostrar cómo “el deseo mimético no solo afecta a la nueva aristocracia, sino igualmente a la clase media y a la aristocracia tradicional” (Oelker 88). Consideramos que uno de los aportes de esta nota crítica radica en develar este funcionamiento a través del personaje Samuel Ortiz, quien es víctima de la vanidad –no así del pesimismo– que desencadena la imitación, vanidad que “determina la conducta de esta nueva estructura social, y que ha reducido y eliminado todo espacio en el cual podría desarrollarse una acción espontánea [...] ha hecho imposible la realización personal” (Oelker 86). El doctor Samuel Ortiz es uno de los personajes más interesantes para Oelker, puesto que es de los que retorna a una novela posterior *El tronco herido* (1929), pero no abunda en él, por lo que nos hemos encargado de exponerlo, de ofrecer, de igual manera, un punto de vista que pueda ajustarse a los intereses del autor que, como hicimos notar, cita previa, definió su obra como “estudio social”.

Orrego Luco, observador minucioso y detallista (Melfi 191), ha mostrado con en esta novela “toda la carcoma que roía las entrañas de la sociabilidad chilena. El frío y triste materialismo de las sociedades que entregan toda su energía a la persecución de la riqueza, con olvido absoluto de toda vibración espiritual honda” (Melfi 195). Esta vez no solo critica el sector al que creía pertenecer, y para quien “reserva lo más severo del tirón de orejas” (Rojo 19), sino que a través de Samuel Ortiz nos mostró cómo la vanidad también ha contaminado a los sectores medios, en la segunda mitad del siglo XIX chileno.

Las novelas de este autor mantienen importancia, actualidad y plena vigencia porque ellas descubren, a través de la vanidad, el carácter universal de la mediación. Mediación que bajo la fórmula stendhaliana bien explica René Girard, quien desarrolla los tres sentimientos triangulares que están asociados con la vanidad, con la imperiosa necesidad de imitación que, en opinión del novelista, se ha apoderado por entero del siglo XIX (Oelker 18): la envidia, los celos y el odio. En el doctor Samuel Ortiz se reúnen todos ellos.

BIBLIOGRAFÍA

- CARRILLO, LUCY. "Schopenhauer: sobre individuos y sociedad". *Estudios de Filosofía* 37. (2008): 101-22.
- FAÚNDEZ, EDSON. "La cárcel del deseo mimético en *Los trasplantados* de Alberto Blest Gana". *Literatura y Lingüística* 39 (2019): 133-57.
- GIRARD, RENÉ. *Mentira romántica y verdad novelesca*. Barcelona: Anagrama, 1985.
- MARTÍNEZ BONATI, FÉLIX. *El Quijote y la poética de la novela*. Santiago: Universitaria, 2004.
- MELFI, DOMINGO. *Estudios de literatura chilena*. Santiago de Chile: Nascimento, 1938.
- OELKER, DIETER. "La teoría de la vanidad en la obra novelesca de Luis Orrego Luco". *Atenea* 474 (1996): 67-91.
- ORREGO LUCO, LUIS. *En familia*. Santiago: Zig-Zag, 1912.
- ROJO, GRINOR. *Las novelas de la oligarquía chilena*. Santiago: Sangría, 2011.
- SCHOPENHAUER, ARTHUR. *El arte de ser feliz*. Barcelona: Herder, 2000.